

# Claustro

José Luis Najenson

**H**ay una ciudad de provincia que tiene más monasterios, iglesias y capillas que cualquiera otra del mundo en proporción a su tamaño. El primer nombre es demasiado –y tristemente– célebre, de modo que la llamaremos por su segundo, ‘de Rivadavia’, para mejor ocultarla a los ojos de los profanos. En la calle más antigua, a un costado de la Plaza de Armas, se levanta el centenario Convento de San Ciprián, cuyo extraño lema grabado en el frontispicio todavía intriga a legos y clérigos: ‘Pax Intransibilibus Sempiternitas Exeuntibus’ (paz a los que entran, sempiternidad a los que salen).

El padre Simón de Carvajal, párroco de Santa Ornelia y teólogo aficionado, solía platicar, a quien quisiera escucharlo, sobre el hermetismo de la frase. “Debió ser ‘Aeternitas’ o ‘Salus’”, afirmaba: “es decir, ‘eternidad’ o ‘salvación’, que están más relacionadas con el alma en sentido cristiano; ‘sempiterno’, en cambio, denota la idea del tiempo, una ‘interminabilis vitae’, como diría San Agustín, pero de naturaleza temporal, casi mundana, no trascendente”. Y el buen cura cruzaba la calle al pasar por el portal del convento, miraba fugazmente la leyenda desde la vereda de enfrente y –así cuenta la gente– se persignaba.

Nada de esto sabían, de seguro, las monjas enclaustradas en San Ciprián; ya que su Orden exigía, contra la interpretación del padre Simón, un voto de rechazo al mundo y encierro absoluto; esa especie de muerte en vida o, quizá desde su punto de vista, preparación para la ‘otra’, la verdadera vida. Tampoco interfería el párroco, ni hubiera intentado hacerlo, en la vida secreta de las religiosas; ya que a todo hombre, incluidos obispos y cardenales, le estaba vedado entrar al claustro, autosuficiente en industria y abastecido desde afuera en unos pocos elementos esenciales.

Pero ocurrió que una de sus feligresas, la más joven y asidua en Santa Ornelia, postuló al noviciado de la Orden Cipriana; cosa que sucedía muy raramente, según sus cálculos, cada seis o siete años. ¿Y por qué habría de preocuparle tanto al Padre que una oveja de su rebaño (e hija de confesión, además) tomara los hábitos monásticos? ¿No debería considerarlo, más bien, un halago, un triunfo de su prédica?

“Quizá en otro caso”, pensaba, “pero no el hábito rojo de las ciprianas. ¡Rojo, hasta en eso resultaba extraño aquel claustro!” Mas ni siquiera estaba seguro; pues muy pocos en la ciudad de Rivadavia habían visto una monja de la Orden por las calles, y algunos decían que el hábito era blanco con una inmensa cruz púrpura del largo de la túnica. Esto tenía algún asidero; ya que las hermanas mantenían un pequeño hospital, también bajo la ley de claustro, donde sólo recibían mujeres desamparadas ‘in articulo mortis’, para ofrecerles los últimos cuidados y sacramentos; incluido el entierro en su propio cementerio, que era otro de sus fueros reconocidos.

Cuando María de la Luz Gonzaga –la futura novicia de marras– entró al confesionario de Santa Ornelia por última vez, a informarle de su decisión, las viejas dudas del sacerdote se convirtieron en obsesión y trató fervorosamente de disuadirla. Le contó que vigilaba el convento desde hacía mucho y siempre había visto luces o velas encendidas, parecía que velaran permanentemente, noche y día, sin descansar jamás. También se había esforzado por estudiar la historia de la Orden, pero los datos eran escasos y confusos. El fundador había sido, curiosamente, un santo varón de nombre desconocido que les había legado una cuantiosa fortuna para su continuidad y expansión. La viuda de este benefactor fue la primera Madre Superiora, y los orígenes de la casa matriz se

perdían en el tiempo y el espacio; pero, a la vez, parecían muy recientes: fines o principios del siglo pasado, en algún lugar de Europa Oriental. Le recordó también la peculiar elección del Patrono de la Orden, San Ciprián de Antioquía, un famoso mago y astrólogo pagano del siglo IV, converso al cristianismo.

“Hay un misterio detrás de esa Orden, hija mía, te lo juro”, insistió el Padre Simón, “hay algo obscuro y ominoso que no puedo precisar pero presiento. Te ruego, te ordeno, que no vayas”.

“No tema Padre”, respondió la joven, “yo he platicado largamente con las hermanas, que son suaves y serenas, eficaces, persuasivas, simplemente perfectas. Me prometieron su paz, la vida eterna. Son sencillas y místicas; esperan, como las vírgenes de la parábola, que la venida del Señor no las encuentre desprevenidas. Son etéreas, casi ángeles, parece que no posaran los pies sobre la tierra. ¿Qué tiene de pureza, de esperanza, esta vida miserable que llevamos, tan repleta de dolor y mundo? Padre, yo soy quien le ruega, no me obstruya el camino a la inmortalidad del alma”.

“Ya sé que me han vencido”, dijo el cura, “pero prométeme una cosa, tan sólo una. Si algo raro u horrible te pasara, arroja esta cruz sobre los muros, yo sabré encontrarla y rescatarte, aunque viole secretos y preben-

das, o me expulsen de la Santa Iglesia”. Y le entregó un crucifijo de plata, enorme y brillante, en cuya superficie hasta podía contemplar su rostro.

“Lo siento, Padre, usted sabe que yo no puedo aceptarlo; es demasiado valioso y heriría la modestia de las hermanas. Además, es tan pulido como un espejo, que no son permitidos en los conventos; y con justa razón, porque ensalzan la vanidad o recuerdan el paso hacia la muerte”. Pero tal fue la persistencia del Padre Simón, tanto exigió, imploró, blasfemó casi, que ella no pudo finalmente negárselo y aceptó el regalo, ocultando la cruz entre sus ropas.

La noche de su ordenación, Sor Lucrecia (este nombre borraba el otro para siempre) no estaba de ningún modo atemorizada. La rodeaba un enjambre de hermanas solícitas y los hábitos, que en realidad eran rojos y negros, centellaban como gemas a la luz de las antorchas. Ya le habían colocado el anillo de compromiso, rapado el cabello, y aguardaba la imposición final de la cofia, por la Madre Superiora, después de la ceremonia. Tampoco sintió miedo cuando trajeron el sarcófago del Fundador de la Orden, ni cuando alzaron la tapa para que viera su rostro, terrible y hermoso, literalmente. En el sublime momento en que su nuevo amo se acercó para besarle el cuello y establecer la alianza, cayó al suelo, sin estruendo, la cruz del Padre Simón. No reflejaba ninguna imagen.

